

## TOLEDO EN PORTUGAL: TOLEDO Y SU PAISAJE VISTOS POR ESCRITORES PORTUGUESES EN EL SIGLO XX

JUAN JOSÉ FERNÁNDEZ DELGADO  
Correspondiente

Es cierto que para esta nuestra segunda entrega al *Boletín* de la Academia toledana nos habíamos propuesto hablar de un pueblecito portugués -pedanía agrícola- que orgullosamente ostenta el nombre de nuestra ciudad. Pero otros autores lusitanos de renombre nacional hemos encontrado que hablan con detenimiento de Toledo, a los que nos referiremos en esta y próximas entregas. Además, adelantamos, tres aldeas más llevan el nombre de Toledo en su frente: una, más arriba de Oporto, pertenece a la freguesia de Fradelos; las dos restantes en las islas Azores. Como merecen visitas obligadas, despidámoslas hasta entonces.

En esta ocasión, nos vamos a referir a Antero de Figueiredo que trata de la ciudad en su libro *Toledo. Impressões e evocações*<sup>1</sup>, dedicado a Júlio Dantas, autor cuyo artículo a Toledo comentamos en nuestra anterior entrega<sup>2</sup>. Pero antes digamos que A. de Figueiredo (1866-1953) es un escritor de temperamento sensorial que se inició en la literatura apegado al decadentismo,

---

<sup>1</sup> FIGUEIREDO, ANTERO DE: *Toledo: Impressões e Evocações*. Lisboa. Livraria Bertrand, 1932.

<sup>2</sup> FERNÁNDEZ DELGADO, JUAN JOSÉ: «Toledo en Portugal», en *Toletum*, número 27, 1992.

rastrear en sus libros de viajes y en varias de sus novelas de acusado lirismo y tintes románticos. Se ocupó también del tema histórico en varias novelas y en páginas biográficas de personajes casi legendarios; en su última etapa literaria se interesó por el tema religioso. Digamos también que es un virtuoso de la lengua y que sobresale por su riqueza léxica y la facultad para pintar ambientes y crear atmósferas acordes con aquellos tiempos. Su estilo literario, pues, se diseña con estas cualidades que se manifiestan en frases amplias y poéticas por donde llega, con frecuencia, a lo rebuscado y meticuloso. Y de todo se compone *Toledo...*, y se expresa en hondas evocaciones a la ciudad y a su paisaje anímico, y al Tajo y sus alrededores, y en memoraciones a personajes portugueses que ahí vivieron y murieron y ahí permanecen en el frío silencio del sepulcro. Destaca también en este libro su enorme poder de evocación, su facultad para captar el ambiente toledano urdido por múltiples culturas y tejido por centenas de leyendas y para levantar estampas del pasado ambientadas en su época, sugerentes y llenas de sentimiento.

El libro va a ser, pues, el encuentro de un escritor con alma de poeta melancólico con una ciudad -escenario idóneo para su proyección anímica-, enojada, pero mísera y abandonada y llena de misterios históricos. Y sobre este fondo, Antero de Figueiredo plasmará sus impresiones palpitantes, llenas de sentimiento y de sinceridad, pero con acusada afectación en momentos descriptivos que, mediante comparaciones extravagantes y alambicadas, digresiones y excesiva presencia de lo religioso para crear atmósfera, van a dañar el fondo de sus impresiones y evocaciones. Viene precedido por una cita de Antonio Sardinha, autor que dedica un libro de emocionados sonetos a Toledo y que trataremos en otra entrega al *Boletín*: «E cada pedra alma/ E cada alma un segredo». El autor hace constar en los mismos preámbulos, que estas páginas son producto de un viaje que hizo a Toledo «en mayo

de 1930» y que en ese mismo año las escribí...

Se presenta Antero de Figueiredo en Toledo provisto de un amplio bagaje cultural toledanista que, naturalmente, influirá en su prefiguración de la ciudad, y decidido a dar cuenta de las relaciones históricas que unen la ciudad con Portugal, además del Tajo. A este respecto, cuando acude a visitar la Catedral, se adentra en el Palacio Arzobispal, «A Alcaçaba da saudade», en donde murió Sancho II, hijo de D<sup>a</sup> Urraca, para tejer una semblanza de este rey portugués. Aprovecha también para recordar a Martim Freitas, alcalde de Coimbra que había recibido el mando de Sancho II, como ejemplo de lealtad, pues se presentó en Toledo para comprobar la veracidad de la muerte de su señor antes de entregar la vara de mando al nuevo dueño de la ciudad portuguesa. Asimismo, en el Palacio de Fuensalida evoca con altos vuelos retóricos la figura de la Emperatriz Isabel de Portugal, esposa de Carlos V, que murió en los amplios salones del palacio; y en el convento de las Concepcionistas tendrá recuerdos para D<sup>a</sup> Beatriz de Silva, dama de honor portuguesa de la Emperatriz Isabel y fundadora del convento. En estas evocaciones de personajes históricos y en la narración de varias leyendas toledanas, se encuentra muy a su gusto el autor portugués que si no se corrige en retoricismo, sí en dispersión y plumbeabilidad.

Sobre todo, acude a Toledo sin prisas: recorrerá las calles y las plazas en donde «el sol siempre es sorpresa», y los cobertizos, de noche y de día; se detendrá en las sinagogas. Encuentra San Juan de los Reyes en obras y su espíritu se viene abajo: «San Juan de los Reyes es, en este momento, una iglesia profanada, una iglesia sin alma, una iglesia muerta». Entre tanta ruina recordará la fragosidad de la batalla de Toro. Por la catedral pasa casi de puntillas y no entra en la Sacristía, pero describirá con detenimiento la capilla mozárabe y asiste al rito y lo reivindicará para la actualidad. Acudirá a la casa de El Greco y deja suculentos

comentarios sobre el candiota y varios de sus cuadros. En su callejeo se encuentra también con El Cristo de la Luz y la ermita de El Cristo de la Vega, y con los conventos y hablará de su recato y misticismo, de su contextura pequeña y abandonada. De los conventos deja este comentario: «¡Tao pobrinhos! Por fuera, los rotos mantos de las fachadas de arcilla pulverizada con sobre puestos remates de ladrillos al desnudo; encima, a la sombra de los aleros, humildes postigos agujereados; -estos conventinhos, en las esquinas de las calles o en las placitas solitarias donde las hierbas medran verdes y libres, mal tiempo para ellos, tan encogidos en sí mismos, para sí propios. Dentro, la misma pobreza, la misma tristeza, la misma humildad». Y visitando varios de ellos, deja correr su alma de escritor sensual y su pluma entre las evocaciones, los ribetes románticos de su prosa y una sensualidad religiosa que irá cada vez más lejos en su trayectoria de escritor: «En Toledo, se arruinarán las ruinas; la pobreza de estos conventos empobrecerá, destruyendo, en su funesta derrota, el silencio casto de estas celdas, la paz inefable de estos claustros de dulce luz enverdecida, la beatitud de estos coros...» Se hace eco también de las leyendas toledanas ->y son tantas las de esta tierra, que hasta el aire está impregnado de ellas->; acude al Puente de San Martín y bajará hasta la Cueva de Hércules; y dará cuenta también del paisaje y de los colores y de la luz de la ciudad. En la iglesia de Santiago del Arrabal, ante el púlpito que enseña la figura de San Vicente Ferrer, rememora el día en que el santo no pudo detener al pueblo que, enfurecido, salió de la iglesia para ir contra los judíos de las sinagogas...

Desde el Hotel Castilla, inicia su incursión en la ciudad. En el primer capítulo, «Plazas y plazuelas; calles y callejones», precedido de enormes divagaciones, se asombra ante la morfología real de Toledo, y de su luz y color, logrando plasmar esos contrafuertes ciudadanos apreciados sólo por los artistas. Pero su visión de

la ciudad está expresada en una prosa alambicada y en exceso retórica y efectista, en una prosa post-romántica y decadente que la empaña y diluye. De manera que el exceso de ropaje prosístico ocasiona que lo ganado en sensaciones pictóricas y coloristas pierda en reciedumbre y contundencia. Entre esas notas realistas, pues, se pone de manifiesto el poder de captación ambiental de este autor portugués, plasmado en cuadros que se debaten entre el costumbrismo y el realismo, llegando, en ocasiones, a adquirir tintes naturalistas: «Hace dos horas que deambulo y sésqueo a través de mil entuertos, enmarañadas calles y callejas, plazas y callejones yermos, donde la hierba brota en la calzada, y desembocan dos, tres, hasta seis callejuelas estrechas y empinadas que, a las esquinas, desde lejos y por el fondo, vienen trepando, cansadas, por estas colinas adustas. ¡Un laberinto! Dentro la cordura queda perpleja, la orientación pierde el rumbo y, a veces, los pasos equivocados sufren decepciones: el callejón no tiene salida».

Percibe también el juego de las luces y las sombras y el color de los callejones, «mitad carbón, mitad oro», y los diversos mantos de la ciudad: el desolado y miserable codeándose con manifestaciones nobles del siglo XV: «Fachadas desconchadas y agrietadas en que la arcilla a la vista se desmigaja; manchas de tejados rojizos y de piedras de tonos azulados en las que se lastra la dolencia de los granitos y de los barros viejos (...) Puertas pequeñas y ventanas estrechas en casas constreñidas. De vez en cuando, en medio de esta pobreza, la riqueza de portones magníficos, del siglo quince, agujereados con clavos enormes como empuñaduras de espadas toledanas, adornados con mascarones y aldabas de bronce cincelado, del Renacimiento -restos de suntuosos palacios de la época de esplendor».

Después de estas notas realistas, Figueiredo se evade en detalles coloristas en su intento de dar con el color de la ciudad

y logra unos cuadros tenebrosos próximos -como dijimos- al naturalismo: «Anda el sol por los altos clavando placas de latón en las chimeneas de ocre, en las aberturas de los tejados, en los salientes de los aleros. Allá, la luz fuerte como el verde de una cortina; ahíta de oro, en las aristas de los balcones de hierro batido; cintilea en la cal de los dinteles y umbrales, y es como de metal amarillo un tubo de gres que sube por la fachada. En el fondo de esta otra calleja en sombras, restos de sol dibujan listas de blanco limpio en un toldo blanco sucio y destiñen el azul de la falda de una joven con alpargatas de lona y medias encarnadas. Echado junto a la puerta, un «setter» alazano, lleno de sol, parece un perro de cobre». Recoge también los gritos de los vendedores callejeros: «¡Escobas de paja», «Lías a perragorda!», «¡Buena arenita!», «¡Alcachofas, dos un real!», «¡Agua fresca, agua fresca!», y a un grupo de seminaristas, «bando de estorninos humanos», que le obliga a pegarse a la pared.

Cuando se encuentra con los patios toledanos, ->pobres, como los del Pozo Amargo, severos, como el del Arcipreste; humildes, como los de ciertos conventos pobres y pacíficos; lujosos, como el de Benacazón-, presididos por la imagen del Corazón de Jesús sobre el dintel, se apresta a anotar la gravedad de su aspecto, en flaco contraste con los andaluces, llenos de sol y de luz. Alegres y frescos y siempre entre flores, vienen a ser «sonajas de panderetas con cintas colorinas». Los toledanos los compara a las cornamusas, por la tonada grave de su luz discreta. «Con la luna, los patios andaluces son, a veces, acuarelas; los toledanos son siempre aguas-fuertes».

Más sobrio y comedido se presenta Figueiredo en la síntesis que hace de la ciudad, señalando el amasijo arquitectónico de sus edificios: Por estas calles sesgadas «a cada paso topamos con restos de fustes romanos en umbrales de casas viejas; empotrados en los muros, fragmentos marmóreos con crucetas visigóticas o

relieves musulmanes; capiteles bizantinos que sirven de asiento en pequeños jardines de arrayanes; una baranda gótica en la boca negra de una carbonera; en el suelo y en las paredes de patios pobres, restos de azulejos mozárabes; junto al cierre de un arco mudéjar de ladrillos, el arco de vuelta entera renacentista; en el alero y la segunda fila de tejas modernas, corre un friso de grafitos antiguos; y a veces vemos surgir, a ras de la calzada, la repisa de una bóveda ojival, de soporte, que parece la bandera de la ventana de un palacio gótico soterrado allí».

A pesar del empaque y la altisonancia pretendida con esta prosa rebuscada de frases demasiado amplias, A. de Figueiredo abre un pequeño lugar para la ironía cuando anota el nombre de algunas calles, «cada una con su historia o su leyenda», que le llaman la atención: «Calle de la noche toledana», de trágica memoria; «del pozo amargo», de romántico recuerdo, «de los alfileritos» (...); «Callejón de los muertos», tan triste; «de Jesús», tan angosto, que los aleros casi se tocan; «de la Soledad», que no llegan a tener un metro de ancho; «Callejón de los codos», como si en Toledo las callejas no fuesen todas codos.

Por la noche, con los ecos de las *Leyendas* de Bécquer y reminiscencias de su prosa romántica y alucinada, se pierde por los cobertizos donde ve erigirse delante de él escenarios trágicos y fantasmagóricos y el mundo de las leyendas leídas, evocados con poéticas frases e imágenes sensuales: las «noches de Toledo son de carbón y del caro lunar -¡escenario romántico de poesía medieval! Las sombras murmuran, los espectros vagan...» Otras noches se le ofrecen como aguafuertes de Frank Brangwyn, «poeta de los dolores de las viejas piedras, de los viejos puentes, de las viejas casas, de las viejas cabezas y de los movimientos de miseria que vapulea la vida en los andenes populosos, o en las sombras de los barrios pobres; -el trágico grabador de la vejez y del descalabro».

Pero dicho sea en honor del autor portugués, esta prosa refinada corresponde a las intenciones artísticas con las que se presentó en la ciudad: descubrir a través de lo pintoresco y del carácter profundo, en el color, en el silencio, en las emanaciones de la belleza que aquí vivió, el alma de semejante tierra. A partir de aquí, el autor se lanzará a interpretar Toledo y su prosa gana en intensidad y hondura, una vez que encuentra recortadas las alas de la evasión. Dice que en ninguna otra ciudad como en Toledo se siente tan penetrado por el prestigio de las cosas que tienen historia y tan apenado por la grandeza y belleza que aquí reinó y también murió. Desea conocer la biografía de las piedras toledanas, de vejez noble y colorida, y se avergüenza de no saber nada del origen «de estos pazos de granito corrompido y de ladrillos ennegrecidos, que el tiempo va limando y arruinando». Sin duda alguna, pues, Antero de Figueiredo ha sido tocado por el alma de la ciudad, y con sinceridad declara su deseo de «interrogar a las piedras antiguas», como Ruskin a las de Venecia; «oír» crónicas hidalgas a los tímpanos y esquinas honrosas; «descifrar» inscripciones borrosas en los dinteles y umbrales desgastados; «obligar» a hablar a quienes parecen obstinados en callar; «quebrar el silencio en las bocas de las cosas por sistema cosidas con sus secretos»; «violar» el orgullo de las fachadas nobles mudas ante el mirar del turista.

Y en ese intento de dar con lo más intrincado de Toledo, acude a las tenebrosas «Cuevas de Hércules» y presta atención al decir de las leyendas que, como dijo Wagner, «son el cristal de la verdad». Al final, el escritor ha percibido el «destino dramático» de Toledo y ello le mueve a una extraña piedad: «en todas estas paredes en ruina está escrita la palabra: ¡VENCIDOS!... Oyense, en un zumbido doliente, lamentos de grandeza decaída; y cuando, desde fuera y desde lejos observamos esta ciudad, reconocemos, en su aspecto de descalabro, la máscara desbastada de los

«¡Pedros-Sin que ya tuvieron y ahora no tienen!»; y en su fisonomía de ceniza, leemos que yace allí, sepultada bajo el polvo de los siglos, la imaginación ardiente, la fantasía luminosa de los árabes religiosos, sabios y artistas». Y termina esta reflexión comparando Toledo con las Tanágoras, «a las que cayó oro y colores, apenas barro, y van viviendo calladas, resignadas». Y en estos momentos de síntesis, cabe traer la acertada definición de Toledo: «Ciudad de dobleces, Toledo es un alma sosegada. Ciudad de callejas a media luz, Toledo vive en la sombra triste de un formidable ciprés de verde-ceniza... Ciudad toda recogida en sí misma, Toledo es sinónimo de secreto» que el propio Figueiredo intenta explicarse con esta pregunta: «Si el roquedo formidable en el que está edificada la ciudad define políticamente a Toledo, ¿puede contribuir esta otra ciudad subterránea para explicar la fisonomía grave de quien como su gente vive en un laberinto de galerías tenebrosas? ¿Lo tétrico de algunas de sus leyendas no tendrá sus raíces en estas tinieblas? ¡Y éste es uno más de los muchos misterios de Toledo!»

Y hecho ya con la síntesis toledana, el poeta se pregunta por la forma que ha de dar a «las coloridas y tiernas impresiones que me llenan los ojos, la cabeza y el corazón» provocadas por la ciudad. Y es, precisamente, en la respuesta donde encontramos la originalidad, porque no recordamos autor alguno -quizá Félix Urabayen- que se pronunciara sobre la prosa adecuada para describir Toledo: «¡Ah, si la prosa con que se describe cada tierra hubiese de tener corte, pasta y color en todo adecuadas a la fisonomía local que se pretende retratar, la línea sintáctica que habría de describir Toledo debería ser sesgueada, enmarañada, como su laberíntica topografía; algo pastosa la urdimbre de oraciones como es densa la atmósfera de algunas callejas, -prosa sin luz, que mostrase el aire-hollinado de ciertos callejones oscuros. Sí, los períodos habrían de ser angulosos como las

esquinas que se quiebran; sinuosos como las vueltas y revueltas que estamos obligados a dar; llenos de comas que, a cada momento, interrumpen la andadura de las frases, tal cual acontece cuando, desnortados, suspendemos, un momento, nuestros pasos indecisos; de puntos y comas que, a menudo, las traban, y con nuestras demoradas incertidumbres de rumbo; de varios paréntesis que le quiebran la luz, semejando esa luz empañada; y de diversos corchetes que les ahogan el sonido -¡los ecos en medio tono de esas callejas de allí viene uno!»

En el Puente de San Martín simboliza la belleza emblemática de la ciudad, y ante el río y sus alrededores arestes que lo encajonan y maltratan, pone de manifiesto el escritor portugués sus cualidades de gran paisajista y su enorme poder de la personificación: «Si hay lugares que caracterizan una ciudad, la explican y, conteniendo la esencia de su pintoresquismo, definen su belleza, -uno de esos lugares es el Puente de San Martín». Y después de aludir a los orígenes del renombrado puente, describe la andadura del río desde su nacimiento, el Puente, el atardecer lleno de colores y la vista de la ciudad desde esos parajes: «¡Maravilloso Puente de San Martín, cuando, al ponerse el sol los peñascos de las márgenes sangran y las aguas del Tajo parecen reflejar un velero de púrpura franjeado de oro! ¡Impotencia extraña le aumenta y valoriza el cuerpo, le señala el carácter, le marca la fisonomía, a la hora encarnada de los ponientes de fuego: los torreones de las cimas gigantescas y almenadas; los prismas colosales de los diques en cuyos cortes de esquinas vivas la corriente se bifurca y se destroza en espumas de llamas; el cuerpo macizo del Puente con sus formidables arcos de enormes bloques de vieja cantería tiznada que a esa hora, bajo la luz de oro rojizo, toma los colores calientes de hierro calcinado y de arena quemada; -teniendo todo como fondo una masa de verdor, donde se reflejan claros escarlatas, y las sombras violáceas de las aguas del

río chispeado por el sol que, a lo lejos, es un disco latente de sangre luminosa!» Estas cualidades sobresalen al anotar el contraste del curso del río -atormentado y doloroso- desde el Puente de Alcántara hasta el de San Martín, y libre y plácido discurriendo por las vegas toledanas camino de Talavera: «En medio del Puente de San Martín, cuando se mira al montante, los ojos van al encuentro de cerros fragosos, color de escoria y cobre, a un lado y a otro, deslizados en V, hasta allá abajo, hasta el río lodoso que, desde el Puente de Alcántara, en curva atormentada, y despeñándose en vértigo en las presas, viene gritando impaciente, su secular protesta clamorosa contra aquella violencia de la Naturaleza injusta. Mas, mirando hacia la corriente, de pronto, nuestro pecho se abre, nuestras pupilas cintilean de alegría y la vista y el alma se dilatan en un paisaje de luz y colores deliciosos, por esa «Vega Baja» de campos verdes, en medio de los cuales el Tajo, desaparecida la negra injuria, que le turbó de cólera, sigue azul, manso, feliz. Lo que aún hace poco era desgrefñado, es ahora deslizamiento; lo que antes era tormento, es ahora paz; -¡la tragedia se ha resuelto en sonrisa azul!»

Y a fuerza de ser pesados, no resistimos la tentación de traer otra cita impresionista y de gran poder sugestivo por el sentimiento de la personificación, en la que el escritor rastrea el curso del Tajo desde su nacimiento hasta las tierras portuguesas: «¡Y es tan feliz viniendo desde su cuna modesta, en la sierra de Albarracín, en Aragón, tranquilo en la campiña de Guadalajara, explayándose en la meseta central de Castilla la Nueva! Adelante, su amor propio de provinciano se lisonjea con regar los jardines reales de Aranjuez, y de sentir sus aguas serranas navegadas por cisnes blancos, orgullosos de su esbelta aristocracia. Después, se desliza azul, esmaltado y decuidado, entre habales, por la llana «Vega Galiana» fuera, cuando, de repente, veo oscurecerse la luz de su sol, acortarse el horizonte de sus sueños: le salen al paso estos

peñascos malvados que le impiden el paso y le obligan ¡con qué crueldad!, humillándole, a torcer violentamente, entre trechos pedregosos, su libre, su honrado curso de aguas bellas, y fecundas...» Luego, las tierras portuguesas le recompensarán del «vejamen toledano».

Desde aquí, «El caserío de Toledo se cubre de ceniza que se va adensando hasta convertirse en hollín».

Y en su intento de agotar todo el espíritu toledano y dar con la esencia de la ciudad, el último día y la última noche se entrega a recorrer los rincones no visitados y plasma su interpretación definitiva sobre Toledo: «¡Todo adaptaciones, todo superposiciones! ¿Y qué habrá aún debajo de muchas de esas paredes cubiertas de cal? ¡Cuántas decoraciones bizantinas y románicas, cuántos azulejos hispano-árabes; cuántos frescos renacentistas! Toledo es una Pompeya pagana, visigótica, morisca y católica, donde hay mucho que escarbar, mucho que rebuscar». Pero su último adiós, lleno de patetismo, es para el Tajo, al que espera encontrar dichoso y feliz en tierras de Portugal, una vez superados los esfuerzos y agravios toledanos.